

Tales cambios no se realizan en un día. Muchos judíos sinceros seguían creyendo durante tan horribles circunstancias que sólo aquí abajo se recibe el premio de las buenas acciones. Luchar por la vida, por el hogar, por la ley, conquistar gloria y nombre eternos, parecían móviles suficientes. La nobleza del hombre consiste en que se paga de palabras y no es consecuente. Una doctrina según la cual, aparentemente, el hombre habría debido reducirse a todas las bajas para evitar la muerte, que es el peor de los males, y salvar el bien mayor, que es la vida, aconsejó en realidad el martirio y el heroísmo. Hemos visto legiones de mártires ofrecidos a la muerte por una ley que parecían declarar mentira los hechos más evidentes; y veremos también alzarse legiones de héroes, formar ejércitos, esperar contra toda esperanza, y combatir con tanto fanatismo como si tuvieran en perspectiva el paraíso cristiano o las huríes de Mahoma.

Las familias levíticas eran el centro del fanatismo judío. Sin ellas, probablemente, habrían desaparecido el judaísmo y los antiguos escritos hebreos, bajo la presión de las disposiciones tomadas por los sirios. La mayor parte de aquellas familias salieron de Jerusalén cuando empezó la persecución y fueron a establecerse en las poblaciones pequeñas de Judea. Un tal Mattathiah, sacerdote, marchó con sus cinco hijos y se aposentó en Modin, pueblo situado al pie de la montaña. Parece que le acompañaron algunos hermanos suyos. Era gente enérgica, a los que la vida sedentaria no había hecho el vigor del cuerpo ni la aptitud militar. La pobreza había conservado su vigor físico y moral. Mientras los ricos se dejaban vencer por las costumbres y los cultos extranjeros, los pobres salvaron a Israel y proclamaron en alta voz el principio nuevo de que se debía morir por la ley.

Una vez contempló Mattathiah un espectáculo horrible. Un israelita apóstata vino a sacrificar en el altar pagano que la gente del rey había erigido. El oficial de Antíoco estaba junto al altar. Se apoderó de Mattathiah indecible cólera, se arrojó sobre el israelita y mató a éste y al oficial real, derribando el altar. Antiguos ejemplos de la Historia Sagrada autorizaban estos procedimientos que hacían superiores a toda ley los intereses de la religión.

Mattathiah tuvo que huir, e invitó a acompañarle a todos los que sintieran celo por la ley: le guardaban sus hijos, altivos y vigorosos. Todos se escaparon a las montañas desiertas de Judea, que habían presenciado la vida aventurera de David y presenciarían las predicaciones de Juan Bautista. Se llevaron sus mujeres, hijos y ganados, se refugiaron en las cavernas y se libraron de la odiosa autoridad de los sirios.

Gran cantidad de judíos habían hecho lo mismo. Los sirios los atacaron y se aprovecharon del rigorismo mal entendido que impedía a los judíos defenderse en sábado. A Mattathiah no le pareció bien un escri-

pulo tan excesivo y estableció que el combatir por la ley no constituyera violación del sábado. Atroz era el fanatismo de aquellos fugitivos, que procuraban matar, no a los sirios, sino a los judíos renegados. Mattathiah recorrió Judea, derribando altares, matando apóstatas, circuncinando a la fuerza a los niños no circuncisos por sus padres. La mayoría de los que habían mostrado tibieza huían de estos furiosos y buscaban socorro junto a los sirios de Akra. Otros, por hipocresía o por vacilación, ponían buena cara a los rebeldes y se iban con ellos cuando eran los más fuertes.

Antes de morir, el viejo Mattathiah (167 antes de Jesucristo) designó a su hijo Simeón para presidir los consejos y a su hijo Judas como jefe militar. La familia permaneció estrechamente unida en una época en la que las luchas entre hermanos eran la plaga de las dinastías. Juan, apellidado *Gaddis*, Eleazar (*Aaran*) y Jonathan (*Happus*) figurarán a tiempo junto a sus hermanos para ayudarles en su obra, sin que surja entre ellos rivalidad alguna.

De todas formas, el sobrenombre más célebre fue el de Judas, conocido por *Maggabai* (Macabeo), cuyo sentido es probablemente «martillo de Dios». Fue un verdadero hombre de guerra, valeroso, a un tiempo audaz y frío, adicto a su causa como un fanático y desprovisto de toda ambición personal. No se metió en política, dejando esta parte de la obra común a su hermano Simeón. Judas tuvo las cualidades y los defectos de las grandezas creadas por la fe. Por sus abnegaciones superó lo que puede alcanzar la simple razón, pero al mismo tiempo mostró tachas irremisibles, como la falta de respeto a la libertad, hasta cuando al parecer la defendía. Mal hacían los agentes de Antioco obligando a los pobres judíos a sacrificar ante Júpiter. Mattathiah tenía el derecho y hasta el deber de negarse a ello, pero no tenía derecho a matar al que había sido menos heroico que él. Cada uno es dueño de su conciencia y no se deben imponer los principios propios a los demás.

De cualquier modo, Judas Macabeo fue una columna de la historia del mundo: salvó el judaísmo y salvó la Biblia. Incluso cuando la humanidad haya abandonado como falsa la fe en el judaísmo y en el cristianismo, no sólo se le verá como uno de los grandes reaccionarios que lisa y llanamente se han equivocado sino que se le considerará por haber salvado una de las disciplinas más necesarias para la educación de la humanidad.

Judas Macabeo no tenía fuerza regular para oponerla a las legiones sirias, tan bien organizadas, pero se atrevió a luchar con éstas. En la primera batalla, dada seguramente junto a Jerusalén, fue muerto Apolonio. Judas tomó su espada, que le sirvió en los combates. Serón, general en jefe de los sirios, puso en campaña otro ejército, que Judas destrozó en los desfiladeros de Betoron. Iba de pueblo en pueblo, alistando a cuantos no eran apóstatas. Arrojándose de noche y de improviso sobre los pueblos infieles, los incendiaba, recogía víveres y mataba a los renegados. En todo el país no se hablaba más que de sus hazañas, objeto de terror para unos, de alegría y esperanza para otros. Era un guerrillero de la religión.

Esta situación duró dos años, y mientras se formaban Judas y sus

compañeros en el arte de guerrear. Los sirios no tenían arraigo alguno en el país. El templo iba quedando destruido. Los renegados no fundaban nada. Las dificultades del gobierno pródigo e imprevisor de Antíoco adquirirán mayor gravedad. La revolución de Judea era un hecho público e importante. Se trataba de reprimirla, pero los tesoros estaban vacíos. No se cobraban los impuestos de las provincias orientales, porque los Partos se habían apropiado de ellas. Malísimas noticias llegaban de Oriente. Antíoco decidió una gran expedición hacia esta parte de sus dominios. Al partir (166 antes de J.C.) confirió una especie de virreinato para las provincias ciseufráticas a un tal Lisias, que parece emparentado con la familia real de Siria.